

*"El cerro del Tepeyac
es como el Monte Everest"*



Santa María de GUADALUPE

Pablo Martín Sanguiao

GUADALUPE ES “EL MONTE EVEREST”

Así decía un querido amigo, ya fallecido, el ingeniero *Carlos Vidal Martínez*, devotísimo hijo de María, poseedor de una imponderable cultura mariológica: “*Si las apariciones marianas tuvieran los nombres de nuestras montañas, ¡Guadalupe sería el Monte Everest!*”

También yo estoy convencido de la extraordinaria importancia de esta “mariofanía” en la historia de la Salvación, en el proyecto del Amor de Dios.

Pero antes de hablar de este “signo grandioso” y de su significado transcendental, conviene encuadrarlo en la historia –historia de la Salvación y de Algo más que nuestra salvación–, en el proyecto de Dios, precisamente.



“No os dejaré huérfanos, volveré a vosotros”

Estas palabras de Jesús en su última Cena (Jn 14,18) nos las dice a nosotros también nuestra Madre Santísima. Después de su Asunción gloriosa en Cuerpo y Alma al Cielo, su Vida no se acabó. La Stma. Virgen, glorificada en el Cielo como su Divino Hijo, está viviendo su Gloria al lado de sus hijos, peregrinos en la tierra. El Paraíso o Cielo no está más allá de las estrellas o de las galaxias, sino solamente más allá de nuestros sentidos. Es una dimensión maravillosa, a la que podemos acceder sólo mediante la Fe, la Esperanza y la comunión de los Santos, que es la Caridad.

María sigue asistiéndonos como Madre. Ella dice como su Hijo: “*Yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación de los siglos*” (Mt 28,20). Alguien dijo: “¿Pero es que la Virgen no tiene otra cosa en que pensar?” Y la respuesta fue: “¡Es verdad! No tiene nada más importante en que pensar, que en sus hijos que están en el dolor o en el peligro”. Y las *apariciones marianas* por así decir, le han sucedido, aún más que a Bernardette Soubirous o a los pastorcitos de Fátima, sobre todo a Ella misma. Forman parte de su biografía.

Las apariciones de la Stma. Virgen, junto con otras manifestaciones suyas en la historia de la Iglesia, no son tan sólo episodios piadosos y edificantes, útiles para alimentar la piedad de la gente simple, sino que pertenecen a la Vida y al Misterio de la Stma. Virgen como Madre de la Iglesia, en el tiempo que sigue a la Redención, tiempo de preparación a la Parusía o cumplimiento del Reino de Dios “así en la tierra como en el Cielo”. Las manifestaciones de María pueden por lo tanto llamarse “*mariofanías*”, o aún mejor, “*asistencias maternas a la Iglesia*”.

En el tiempo en que **la Redención** ha de ser anunciada y ofrecida a todos los pueblos (Mt 27,19-20): se trata de la obra de la *primera evangelización*.

Pero es el tiempo en que la Iglesia debe completar en sí misma “*lo que falta a la Pasión de Cristo en su Cuerpo, que es la Iglesia*” (Col 1,24): es el **misterio de la Corredención**. Es decir, la Iglesia ha de vivir el Misterio Pascual de su Esposo y Cabeza, como lo ha vivido María, para llevar la salvación a todos los pueblos y para que así venga el Reino suspirado (Hechos, 3,20-21): es la obra de la *nueva evangelización*. En resumen:

* **Mariofanías y otros signos sobrenaturales:**

- Apariciones de tipo público o privado, universal o local.
- Visiones interiores; visiones públicas o estáticas; locuciones.
- Lagrimaciones de lágrimas normales, de sangre, sudoraciones de aceite en imágenes, etc.

* **Significado de la asistencia materna de María:**

- Sostener a la Iglesia y conducirla de la Redención al cumplimiento del Reino (que es el fruto supremo de la Redención).
- Preparar como Madre a sus hijos y como Reina a su pueblo, al triunfo del Reino de Dios: preparar *la segunda Venida gloriosa* de su Hijo. “*Prepararnos a bien vivir... o a bien morir*”.

* **Síntesis de su Mensaje:**

- “*Haced todo lo que mi Hijo os ha dicho y os dirá*” (Cfr. Jn 2,5).
- “*Deseo ardientemente que aquí se me edifique un Templo, para en él mostrar y dar todo mi amor, compasión, ayuda y defensa, porque yo soy vuestra piadosa Madre...*” (Son palabras de la Stma. Virgen de Guadalupe, la petición que Ella repite en otras apariciones). Se trata de *un Templo viviente*, de un Templo de hijos, de *una Iglesia nueva, en la que descienda de una forma nueva el Espíritu Santo, el Espíritu nuevo* de hijos (1ª Jn 4,17-18; Ez 36, 26; Gál 4,4-7).

* **Manifestaciones asistenciales de María:**

- En cuanto expresiones de la **FE** (siglos I – XII):
“*Ntra. Señora del Pilar*”, “*la Virgen de las Nieves*”, los distintos iconos bizantinos que manifiestan la Fe (*Hodigitria, Glycofilusa, Strástnaia, Panaguía, Pancorítiza...*)

- Como manifestaciones de la **ESPERANZA** (siglos XIII – XV):
 - En el siglo XIII cristaliza la oración del *Rosario*.
 - *Nuestra Señora de la Merced* (1218).
 - *Nuestra Señora del Carmelo o del Cármen* (1251: aparición a San Simón Stock).
 - Las diferentes “vírgenes negras” medievales: *Loreto, Czestochowa, el Pilar, Montserrat, etc.*
 - Apariciones de la Virgen de *Guadalupe* en Extremadura (España) (6-9 de Septiembre de 1315).
- Apariciones para alimentar el **AMOR** (siglos XVI – XX): para darnos el nuevo Espíritu, el Espíritu filial, que debe sustituir al espíritu servil. En el centro se halla la divina pedagogía del **Corazón de Dios, del Padre** (la Divina Voluntad como vida): con la manifestación del *Sagrado Corazón de Jesús*, primero, y del *Corazón Inmaculado de María*, después, como preparación a su triunfo y al cumplimiento de su Reino.

El prólogo de estas manifestaciones marianas es la serie de apariciones de *Santa María de la Cruz*, en Cubas de la Sagra (cerca de Madrid, Castilla) (del 3 al 19 de Marzo de 1449). Fueron reconocidas auténticas, con regular proceso canónico, por la Autoridad de la Iglesia. En ellas

- María levanta y presenta la Cruz, en el momento mismo en que fue levantada en el Calvario.

- *El misterio de la Cruz* sella el ciclo de apariciones marianas en apoyo del Amor, durante cinco siglos y medio: ciclo que empezó en **Cubas de la Sagra** (España) y culmina en **Dozulé** (Francia), estando en el medio las manifestaciones del *Sagrado Corazón de Jesús* en **Paray-le-Monial** (Francia).

“GUADALUPE”: “RÍO DEL ESPEJO DE LUZ”

La devoción a Nuestra Señora de *Guadalupe* no se explica, como veremos, diciendo que fue llevada a América por los “*conquistadores*”, en buena parte procedentes de la región de Extremadura. En efecto, dos siglos antes de la aparición de la Stma. Virgen en Méjico (“la Nueva España”) al Santo indio Juan Diego, la misma Madre de Dios se había aparecido junto al río *Guadalupejo*, del cual deriva el nombre del pueblo de *Guadalupe*. Esa aparición había dado origen a un grandioso monasterio, que en tiempos del descubrimiento del Nuevo Mundo, con más de cien monjes, estaba en el ápice de su gloria, meta de incesantes peregrinaciones da Portugal y de toda Europa y también el hospital más famoso y la mejor escuela de medicina de aquel tiempo (Fue el primer lugar en el mundo en que se empezó a practicar la autopsia con permiso de la Santa Sede).

La palabra **Guadalupe**, como muchos otros nombres de ríos, está compuesta por la palabra árabe “*wuad*” o “*guad*” (que quiere decir precisamente “río”) y por otra, “*lubein*” (oculto), o más probablemente “*lupejo*”, deformación del latín “*lucis speculum*”. Significa por tanto “**Río del espejo de luz**”. Y, puesto que existen dos distintas manifestaciones marianas con el mismo nombre, conviene examinar los orígenes de cada una, para así ver luego cuál sea su relación.

En primer lugar, Nuestra Señora de Guadalupe de Extremadura.

Veamos lo que cuenta fray Arturo Alvarez, OFM. (“Guadalupe”, Temas españoles, Madrid, 1959):

Como en tantos casos análogos, un halo de *poética leyenda* envuelve los orígenes de Guadalupe. *Leyenda* a la cual algunos han querido darle fuerza de *tradición*. Mas a partir de un determinado momento hallamos una historia sólidamente documentada, que no necesita de ese soporte imaginario.

Cuentan que la Virgen Morena, que dió nombre a este santuario, fue labrada por el evangelista San Lucas en Palestina y con su cuerpo enterrada en Bizancio o Constantinopla. Descubierta después milagrosamente, recibió allí culto hasta que un día la llevó a Roma el obispo Gregorio, que después fue Papa –con nombre de Gregorio el Grande– y santo. En la Ciudad Eterna tóvola en su capilla privada, y se hizo famosa cuando a fines del siglo VI fue sacada por el pontífice en solemne procesión por las calles para que cesase la cruel peste que asolaba la ciudad de los Papas. Fue su valimiento tan eficaz que la epidemia huyó, mientras un ángel aparecía sobre el castillo de Sant’Angelo limpiando una espada ensangrentada y un coro de querubes entonaba el “*Regina Coeli, laetare...*”, que desde entonces pasó a la liturgia de la Iglesia. San Gregorio Magno tenía singular amistad con el arzobispo de Sevilla, San Leandro, y en ocasión que éste le visitara en Roma, donóle la milagrosa imágen de María, que era ya llamada la Virgen Gregoriana. La leyenda se ha convertido en probable tradición desde que la Madre de Dios sale de Roma, y prosigue diciéndonos que en la iglesia mayor de la ciudad del Betis (Sevilla) recibió ferviente culto, durante casi una centuria, hasta el fatídico año 711, en que la Media Luna irrumpió en España, amenazando con borrar del suelo patrio la religión católica. Ante el peligro, unos piadosos clérigos huyen de Sevilla hacia el norte, llevando consigo algunas reliquias más venerandas, entre ellas la sagrada imagen Gregoriana, que esconden entre las escarpadas montañas castellanas de las Villuercas, cerca de un pequeño río que se llama Guadalupe, que naciendo en la vertiente sur de estas sierras, corre en busca del caudaloso Guadiana, saltando por entre riscos o deslizándose por verdes prados y mimbreras. Y aquí permanece la prodigiosa Virgen durante más de cinco siglos.

La leyenda y tradición acaban y una luminosa historia –corroborada por fidedignos documentos– nos señala el origen verdadero de Guadalupe en los postrimeros años del siglo XIII. Era rey de Castilla el sabio monarca Alfonso X cuando un pastor cacereño –llamado Gil Cordero– guardaba un hato de vacas en las cercanías de Alía. Habiendo perdido una res, buscóla durante tres días por los contornos, hasta que al fin la encontró muerta cerca de las márgenes del río Guadalupe, junto a las rocosas Villuercas. Al hacer una cruz sobre ella para quitarle la piel, levantóse viva la vaca y, mirando en su derredor el aterrado ganadero, vio a la Madre de Dios, que le decía: “No tengas miedo, porque soy la Madre de Dios, mas avisa a los sacerdotes de Cáceres y díles que en este lugar se esconde una imagen mía que deseo reciba aquí singular veneración”. Era el 6 de Septiembre de 1315. Y efectivamente, tres días más tarde, acompañado el pastor de unos clérigos que trajo de Cáceres, cavaron donde la vaca estuviera muerta, y dentro de una antigua urna de piedra hallaron la imagen de la Madre Virgen, de tez muy morena –casi negra– y sentada sobre un sillón, con el Niño sobre el regazo. El hallazgo habría sido confirmado con la resurrección del hijo del pastor.

Guadalupe era el nombre del río que presenció el feliz hallazgo y Guadalupe se llamó a la Virgen. Este nombre recibiólo después la Puebla que paulatinamente se formó en derredor a la milagrosa imagen, y Guadalupe se denominan hoy infinidad de lugares en el mundo. El venturoso Gil Cordero y los sacerdotes, afortunados con el hallazgo, levantaron una pobre ermitilla de corcho y ramaje para guardar la Santa Virgen. Mas la fama de sus prodigios extendióse muy pronto por toda la región y aún por España, a pesar de los parajes tan despoblados en que ésta se veneraba, fue creciendo el número de peregrinos y devotos, y con sus limosnas erigióse luego una iglesia, a cuyo cuidado estaban algunos sacerdotes, que ya en la primera mitad del siglo XIV edificaron un hospital para atender a los peregrinos enfermos. El nombre y los milagros de esta Virgen llegaron a oídos del rey Alfonso XI el Justiciero, quien vino a encomendarle la batalla del Salado, tan decisiva contra el avance *turco* (sic!) por España. Fue librada la sangrienta lucha en aguas del histórico río Salado, el año 1340, y la Virgen de Guadalupe –que es tradición llevaba copiada el monarca– dióle completa victoria. El rey, agradecido, volvió a Guadalupe, ofreció ricos presentes del botín de guerra a la Virgen y, derribando la pobre iglesia, mandó levantar un hermoso templo gótico muy capaz, que fue acabado a fines del siglo XIV.

LOS ORÍGENES DE LA “GUADALUPANA” DEL TEPEYAC

Los orígenes de la Virgen de Guadalupe de Méjico y su culto son absolutamente seguros. Están en las apariciones de la Stma. Virgen al indio *San Juan Diego* en el cerro del *Tepeyac*, cerca de la Ciudad de México, y a

su tío *Juan Bernardino*, en el pueblo de *Tulpetlac*, poco más al norte. Para nosotros es muy sencillo relatarlas, pues se hallan en la

“HISTORIA DE LAS APARICIONES”

escrita en lengua *náhuatl* (con el título “*Nican Mopohua*”, las primeras palabras del texto), entre el 1548 y el 1555, basada en las primeras relaciones, por el famoso y docto indio *Antonio Valeriano*, adicionada por el indio *Fernando de Alba Ixtlixóchitl*; publicada por primera vez en 1649 por *Luis Lazo de la Vega* y traducida al español por *Primo Feliciano Velázquez*. [Entre corchetes añadimos las expresiones literales].

«En orden y concierto se refiere aquí de qué maravillosa manera apareció poco ha la siempre [perfecta] Virgen Santa María, Madre de Dios, Nuestra Reina, en el *Tepeyac*, que se nombra *Guadalupe*. Primero se dejó ver de un pobre indio llamado *Juan Diego*; y después se apareció su preciosa imagen delante del nuevo Obispo *fray Juan de Zumárraga*. También (se cuentan) todos los milagros que ha hecho.

Primera aparición

(9 de Diciembre de 1531, sábado, al alba, en el cerro del Tepeyac)

Diez años después de tomada la ciudad de Méjico se suspendió la guerra [cuando ya se habían depuesto las flechas y los escudos] y hubo paz entre los pueblos [cuando había paz por doquier en las ciudades], así como empezó a brotar [a reverdecir como corola] la fe, el conocimiento del verdadero Dios, por quien se vive.

A la sazón, en el año de mil quinientos treinta y uno, a pocos días del mes de diciembre, sucedió que había un pobre indio [un pobre hombre del pueblo], de nombre *Juan Diego*, según se dice natural de *Cuautitlán*. Tocante a las cosas espirituales [de Dios], aún todo pertenecía a *Tlatelolco*.

Era sábado, muy de madrugada, cuando venía en pos del culto divino y de sus mandados [siguiendo a Dios y a sus quereres]. Al llegar junto al cerrillo llamado *Tepeyácac* amanecía y oyó cantar arriba del cerrillo; semejaba canto de varios pájaros preciosos; callaban a ratos la voces de los cantores y parecía que el monte les respondía. Su canto, muy suave y deleitoso, sobrepujaba al del *coyotótotl* y del *iznizcan* y de otros pájaros lindos que cantan. Se paró *Juan Diego* a ver y dijo para sí: “¿Por ventura soy digno [merecedor] de lo que oigo? ¿Quizá sueño? ¿Me levanto de dormir? [¿acaso lo estoy viendo como en duermevela?] ¿Dónde estoy? [¿Dónde me veo?] ¿Acaso en el paraíso terrenal, que dejan dicho los viejos, nuestros mayores? ¿Acaso ya en el cielo?” [allá donde nos han dicho nuestros antiguos antepasados, nuestros abuelos, o sea, en el lugar de las flores, del maíz, de la carne, de nuestro sustentamiento, acaso en el lugar celestial?]

Estaba viendo hacia el oriente [el lado donde surge el sol], arriba del cerrillo de donde procedía el precioso canto celestial y, así que cesó repentinamente y se hizo el silencio, oyó que una voz le llamaba de arriba del cerrillo y le decía: “*Juanito, Juan Dieguito*” [“*Juantzín, Juandiegotzín*”]

Luego se atrevió a ir adonde le llamaban. No se sobresaltó en absoluto [*ninguna turbación pesaba sobre su corazón, ni cosa alguna le daba temor*], al contrario, muy contento, fue subiendo al cerrillo, a ver de dónde le llamaban. Cuando llegó a la cumbre vio una Señora [*lo vio una Jovencita*] que estaba allí de pie, que le dijo que se acercara.

Llegado a su presencia se maravilló mucho de su sobrehumana grandeza [*de su perfecta grandeza, que superaba toda imaginación*]: su vestidura era radiante como el sol [*como si reverberase, como si reflejara la luz del sol*]; el risco en que posaba su planta, flechado por los resplandores [*era como si lanzase rayos luminosos*], semejaba una ajorca [*el resplandor de ella era como el resplandor*] de piedras preciosas y relumbraba la tierra como el iris [*en la nieblina*]. Los mezquites, nopales y otras diferentes hierbecillas que allí se suelen dar parecían de esmeralda; su follaje, finas turquesas, y sus ramas y espinas brillaban como el oro. Se inclinó delante de Ella y oyó su palabra [*escuchó su respiración, su voz*] muy blanda y cortés [*fascinante, súmamente afable*], cual de quien atrae y estima mucho.

Ella le dijo: “Juanito [*“Juantzín”*], *el más pequeño de mis hijos, ¿a dónde vas?*”

El respondió: “Señora [*Reina*] y Niña mía, tengo que llegar a tu casa ¹ de Méjico Tlatilolco, a seguir las cosas divinas, que nos dan y enseñan [*aquellos que son imagen de Ntro. Señor*] nuestros sacerdotes, delegados de Nuestro Señor”.



Ella luego le habló y le descubrió su santa Voluntad. Le dijo: “Sabe y ten entendido, tú, el más pequeño de mis hijos, que yo soy la [*perfecta*] siempre Virgen Santa María, **MADRE DEL VERDADERO** [*verdaderísimo*] **DIOS** por quien se vive, del Creador [*de las personas*] cabe quien está todo [*del Señor de la cercanía y del conjunto*], Señor del Cielo y de la tierra. Deseo vivamente que **se me erija aquí un Templo** [*mi pequeña casa sagrada*], para en él mostrar [*donde lo haré conocer, lo glorificaré al manifestarlo*] y dar [*lo daré a las gentes a través de*] todo mi amor, compasión [*mi mirada compasiva*], auxilio y defensa [*y protección*], pues **YO SOY VUESTRA PIADOSA MADRE** [*llena de compasión*], a tí, a todos vosotros juntos, los moradores de esta tierra, y a los demás [*estirpes de hombres*] amadores míos que me invoquen y en mí confíen [*que me busquen, que pongan en mí su confianza*]; oír allí sus lamentos [*porque allí escucharé su llanto, su tristeza*] y remediar todas sus miserias, penas y dolores. Y para realizar lo que mi clemencia [*mirada misericordiosa*] pretende, ve al palacio del obispo de Méjico y le dirás cómo yo te envío a manifestarle lo que mucho deseo, que aquí, en el llano, me edifique

¹ - Juan Diego reconoció desde el primer momento Quién era la maravillosa Jóven que veía.

un Templo [una casa, un pequeño templo]. Le contarás cuanto has visto y admirado y lo que has oído. Ten por seguro que te lo agradeceré bien y lo pagaré, porque te haré feliz [te enriqueceré, te glorificaré] y merecerás mucho que yo te recompense el trabajo y fatiga con que vas a procurar lo que te encomiendo. Mira, que ya has oído mi mandato [mi voz, mi palabra], hijo mío el más pequeño; anda y pon todo tu esfuerzo”.

Al punto se inclinó delante de Ella y le dijo: “Señora mía, ya voy a cumplir tu mandato; por ahora me despido de tí, yo, tu humilde siervo”.

Luego bajó, para ir a hacer su mandado, y salió a la calzada que viene en línea recta a Méjico. Habiendo entrado en la ciudad, sin dilación se fue en derechura al palacio del obispo, que era el prelado que muy poco antes había venido y se llamaba *Don fray Juan de Zumárraga*, religioso de San Francisco. Apenas llegó, trató de verle; rogó a sus criados que fueran a anunciarle y pasado un ben rato vinieron a llamarle, que había mandado el señor obispo que entrara. Luego que entró se inclinó y arrodilló delante de él, en seguida le dio el recado de la Señora del Cielo, y también le dijo cuanto admiró, vió y oyó.

Después de oír toda su plática y su recado, pareció no darle crédito, y le respondió: “Otra vez vendrás, hijo mío, y te oiré más despacio, lo veré muy desde el principio y pensaré en la voluntad y deseo con que has venido”. Juan Diego salió y se vino triste, porque de ninguna manera se realizó su mensaje.

Segunda aparición

(9 de Diciembre de 1531, sábado, al atardecer, en el Tepeyác)

En el mismo día se volvió; se vino derecho a la cumbre y acertó con la Señora del Cielo, que le estaba aguardando allí mismo donde la vio la vez primera. Al verla, se postró delante de Ella y le dijo:

“Señora, la más pequeña de mis hijas, Niña mía, fui a donde me enviaste a cumplir tu mandado. Aunque con dificultad, entré a donde es el asiento del prelado. Le vi y expuse tu mensaje [delante de él he expuesto tu voz, tu palabra], así como me advertiste. Me recibió benignamente y me oyó con atención, pero en cuanto me respondió, pareció que no lo tuvo por cierto. Me dijo: «Otra vez vendrás; te oiré más despacio; veré muy desde el principio el deseo y voluntad con que has venido...» Comprendí perfectamente en la manera como me respondió, que piensa que es quizá invención mía que Tú quieres que aquí te hagan un Templo y que acaso no es de orden tuya [que no venga de tus labios], por lo cual te ruego encarecidamente, Señora [mi Reina] y Niña mía, que a alguno de los principales, conocido, respetado y estimado, le encargues que lleve tu mensaje [tu voz, tu amable palabra] para que le crean; porque yo soy un hombrecillo [un hombre del campo], soy un cordel, soy escalerilla de tablas, soy cola, soy hoja, soy gente menuda [yo mismo necesito ser conducido, llevado sobre el hombro], y Tú, [oh Virgen mía], Niña mía, la más pequeña de mis hijas, Señora, me envías a un lugar por donde no ando y donde no paro. ¡Perdóname que te cause gran pesadumbre [sé que aflijiré con gran pena tu rostro, tu corazón] y caiga en tu enojo [sentirás disgusto de mí], Señora y Dueña mía!”

Le respondió la Santísima Virgen [*perfecta, digna de honor y veneración*]: “Oye, hijo mío el más pequeño: ten entendido que son muchos mis servidores y mensajeros a quienes puedo encargar que lleven mi mensaje [*mi voz, mi palabra*] y **HAGAN MI VOLUNTAD**; pero es de todo punto preciso que tú mismo solicites y ayudes y con tu mediación **SE CUMPLA MI VOLUNTAD**. Mucho te ruego, hijo mío el más pequeño, y con rigor te mando que otra vez vayas mañana a ver al obispo. Dale parte en mi nombre y hazle saber por entero **mi Voluntad**: que tiene que poner por obra **el Templo** que le pido. Y otra vez dile que Yo en persona, la siempre Virgen Santa María, Madre de Dios, te envía”.

Respondió Juan Diego: “Señora y [*Reina mía*], Niña mía, no te cause yo aflicción [*no quiero entristecer tu rostro, tu corazón*]; de muy buena gana iré a cumplir tu mandato. De ninguna manera dejaré de hacerlo, ni tengo por penoso el camino. Iré a hacer tu Voluntad; pero acaso no seré oído con agrado o, si fuere oído, quizá no me creerá. Mañana en la tarde, cuando se ponga el sol, vendré a dar razón de tu mensaje con lo que responda el prelado. Ya de tí me despido [*con respeto*], Hija mía la más pequeña, mi Niña y Señora. Descansa entre tanto”.

Luego se fue él a descansar a su casa.

Al día siguiente, domingo muy de madrugada [*cuando todavía estaba oscuro*], salió de su casa y se vino derecho a Tlatilolco, a instruirse de las cosas divinas y estar presente en la cuenta para ver enseguida al prelado. Casi a las diez se presentó después de que oyó misa y se hizo la cuenta y se dispersó el gentío. Al punto se fue Juan Diego al palacio del señor obispo. Apenas llegó, hizo todo empeño por verlo, otra vez con mucha dificultad le vio: se arrodilló a sus pies, se entristeció y lloró al exponerle el mandato de la Señora del Cielo; que ojalá que creyera su menjase y la **Voluntad** de la Inmaculada [*de la perfecta Virgen*], de erigirle su templo [*su pequeña casa sagrada*] donde manifestó que lo quería.

El señor obispo, para cerciorarse, le preguntó muchas cosas: dónde La vio y cómo era; y él refirió todo perfectamente al señor obispo. Mas aunque explicó con precisión la figura de Ella y cuanto había visto y admirado, que en todo se descubría ser Ella la siempre Vergine, Santísima Madre del Salvador Nuestro Señor Jesucristo, sin embargo no le dio crédito y dijo que no solamente por su plática y solicitud se había de hacer lo que pedía, que, además, era necesaria una señal para que se le pudiera creer que le enviaba la misma Señora del Cielo.

Así que lo oyó, dijo Juan Diego al obispo: “Señor, mira cuál ha de ser la señal que pides; que luego iré a perdérsela a la Señora del Cielo que me envía acá”.

Viendo el obispo que ratificaba todo, sin dudar ni retractar nada, le despidió. Mandó inmediatamente a unas gentes de su casa, en quienes podía confiar, que le vinieran siguiendo y vigilando mucho a dónde iba y a quién veía y hablaba. Así se hizo.

Juan Diego se vino derecho y caminó por la calzada; los que venían tras él, donde pasa la barranca, cerca del puente *Tepeyácac*, lo perdieron, y aunque más buscaron por todas partes, en ninguna manera le vieron. Así es que regresaron, no solamente porque se fastidiaron, sino también porque les estorbó su intento y les dio enojo. Eso fueron a informar al señor obispo, inclinándole a que no le

creyera, le dijeron que no más le engañaba; que no más forjaba lo que venía a decir o que únicamente soñaba lo que decía y pedía y, en suma, discurrieron que si otra vez volvía, le habían de coger y castigar con dureza para que nunca más mintiera y engañara.

Tercera aparición

(10 de Diciembre, domingo, al atardecer, en la cumbre del Tepeyác)

Entre tanto, Juan Diego estaba con la Santísima Virgen, diciéndole la respuesta que tenía del señor obispo; lo que oído por la Señora, le dijo: *“Bien está, hijo mío; volverás aquí mañana para que lleves al obispo la señal que te ha pedido. Con eso te creará y acerca de esto ya no dudará ni de tí sospechará. Y sábetelo, hijito mío, que Yo te pagaré tu cuidado y el trabajo y cansancio que por Mí has emprendido. ¡Ea!, vete ahora, que mañana aquí te aguardo”*.

Al día siguiente, lunes, cuando tenía que llevar Juan Diego alguna señal para ser creído, ya no volvió, porque cuando llegó a su casa, a un tío que tenía, llamado *Juan Bernardino*, le había dado la enfermedad y estaba muy grave. Primero fue a llamar a un médico y le auxilió; pero ya no era tiempo, ya estaba muy grave. Por la noche le rogó su tío que de madrugada saliera y viniera a *Tlatilolco* a llamar a un sacerdote, que fuera a confesarle y a disponerle, porque estaba muy cierto de que era tiempo de morir y que ya no se levantaría ni sanaría.

Cuarta aparición

(12 de DICIEMBRE de 1531, martes, al alba, en la ladera del Tepeyác)

El martes, muy de madrugada, se vino Juan Diego de su casa a *Tlatilolco* a llamar al sacerdote, y cuando venía llegando al camino que sale junto a la ladera del cerrillo del *Tepeyácac*, hacia el poniente, por donde tenía costumbre de pasar, dijo: *“Si me voy derecho, no sea que me vaya a ver la Señora, y en todo caso me detenga para que lleve la señal al prelado, según me previno: que primero nuestra aflicción nos deje y primero llame yo de prisa al sacerdote; el pobre de mi tío lo está ciertamente aguardando”*.

Luego dio vuelta al cerro, subió por entre él y pasó al otro lado, hacia el oriente, para llegar pronto a Méjico y que no le detuviera la Señora del Cielo.

Pensó que por donde dió vuelta no podía verle la que está mirando bien a todas partes. La vio bajar de la cumbre del cerrillo y que estaba mirando hacia donde él antes la veía. Salió a su encuentro a un lado del cerro y le dijo: *“¿Qué hay, hijo mío el más pequeño? ¿A dónde vas?”*

¿Se apenó él un poco o tuvo vergüenza, o se asustó? Juan Diego se inclinó delante de Ella y la saludó diciendo: *“Niña mía, la más pequeña de mis hijas, Señora, ojalá estés contenta. ¿Cómo has amanecido? ¿Estás bien de salud, Señora y Niña mía? Voy a causarte aflicción: sabe, Niña mía, que está muy malo un pobre siervo tuyo, mi tío; le ha dado la peste y está para morir. Ahora voy presuroso a tu casa de Méjico a llamar uno de los sacerdotes amados de Nuestro Señor, que vaya a confesarle y disponerle, porque desde que nacemos venimos a aguardar el trabajo de nuestra muerte. Pero si voy a hacerlo, volveré luego otra vez aquí, para ir a llevar tu mensaje. Señora y Niña mía, perdóname;*

tenme por ahora paciencia. No te engaño, Hija mía la más pequeña; mañana vendré a toda prisa”.

Después de oír la plática de Juan Diego, respondió la piadosísima Virgen: *“Oye y ten entendido, hijo mío el más pequeño, que es nada lo que te asusta y aflige. **No se turbe tu corazón, no temas esa enfermedad, ni otra alguna enfermedad y angustia. ¿No estoy Yo aquí, que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra? ¿No soy Yo tu salud? ¿No estás por ventura en mi regazo? ¿Qué más has menester? No te apene ni te inquiete otra cosa, no te aflija la enfermedad de tu tío, que no morirá ahora de ella: está seguro de que ya sanó”.*** (Y entonces sanó su tío, según después de supo).

Cuando Juan Diego oyó estas palabras de la Señora del Cielo se consoló mucho, quedó contento. Le rogó que cuanto antes le despachara a ver al señor obispo, a llevarle alguna señal y prueba, a fin de que le creyera. La Señora del Cielo le ordenó que subiera a la cumbre del cerrillo, donde antes la veía. Le dijo: *“Sube, hijo mío el más pequeño, a la cumbre del cerrillo, allí donde me viste y te dí órdenes. Hallarás que hay diferentes flores: córtalas, júntalas, recógelas; enseguida baja y tráelas a mi presencia”.*

Al punto subió Juan Diego al cerrillo y cuando llegó a la cumbre se asombró mucho de que hubieran brotado tantas variadas, exquisitas rosas de Castilla, antes del tiempo en que se dan, porque a la sazón se encrudecía el hielo. Estaban muy fragantes y llenas de rocío de la noche, que semejaban perlas preciosas. Luego empezó a cortarlas, las juntó todas y las echó en su regazo. La cumbre del cerrillo no era lugar en que se dieran ningunas flores, porque tenía muchos riscos, abrojos, espinas, *nopales* y *mezquites*, y si se solían dar hierbecillas, entonces era el mes de diciembre, en que todo lo come y echa a perder el hielo.

Bajó inmediatamente y trajo a la Señora del Cielo las diferentes rosas que fue a cortar; la que, así como las vio, las cogió con su mano y otra vez se las echó en su regazo, diciéndole: *“Hijo mío el más pequeño, esta diversidad de rosas es la prueba y señal que llevarás al obispo. Le dirás en mi nombre que vea en ellas **mi Voluntad** y que él tiene que cumplirla. Tú eres mi embajador, muy digno de confianza. Rigurosamente te ordeno que sólo delante del obispo despliegues tu manta y descubras lo que llevas. Contarás bien todo: dirás que te mandé subir a la cumbre del cerrillo a que fueras a cortar flores, y todo lo que viste y admiraste, para que puedas inducir al prelado a que dé su ayuda, con objeto que se haga y erija el Templo que he pedido”.*

**El milagro de la APARICIÓN DE LA IMAGEN de la Stma. Virgen
en la *tilma* o abrigo de Juan Diego
(12 de DICIEMBRE de 1531, a las 10 de la mañana,
en el palacio del Obispo de Méjico)**

Después que la Señora del Cielo le dio su consejo, se puso en camino por la calzada que viene derecho a Méjico, ya contento y seguro de salir bien, trayendo con mucho cuidado lo que portaba en su regazo, no fuera que algo se le soltara de las manos, y gozándose en la fragancia de las variadas y hermosas flores. Al llegar al palacio del obispo salieron a su encuentro el mayordomo y otros criados

del prelado. Les rogó le dijeran que deseaba verle, pero ninguno de ellos quiso, haciendo como que no le oían, sea porque era muy temprano, sea porque ya le conocían, que sólo les molestaba porque les era importuno, y además, ya les habían informado sus compañeros que le perdieron de vista cuando habían ido en su seguimiento. Largo rato estuvo esperando. Ya que vieron que hacía mucho que estaba allí, de pie, cabizbajo, sin hacer nada, por si acaso era llamado, y que al parecer traía algo que portaba en su regazo, se acercaron a él para ver lo que traía y satisfacerse.

Viendo Juan Diego que no les podía ocultar lo que traía y que por eso le habían de molestar, empujar o aporrear, descubrió un poco que eran flores, y al ver que todas eran diferentes rosas de Castilla y que no era entonces el tiempo en que se daban, se asombraron muchísimo de ello, lo mismo de que estuvieran muy frescas, tan abiertas, tan fragantes y tan preciosas. Quisieron coger y sacarle algunas, pero no tuvieron suerte las tres veces que se atrevieron a tomarlas: no tuvieron suerte porque cuando iban a cogerlas, ya no veían verdaderas flores, sino que les parecían pintadas o cosidas en la manta.

Fueron luego a decir al obispo lo que habían visto y que pretendía verle el indito que tantas veces había venido, el cual hacía ya mucho que por eso aguardaba, queriendo verle. Cayó, al oírlo el señor obispo, en la cuenta de que aquello era la prueba para que se certificara y cumpliera lo que solicitaba el indito. Enseguida mandó que entrara a verle.

Luego que entró se humilló delante de él, así como antes lo hiciera, y contó de nuevo todo lo que había visto y admirado, y también su mensaje.

Dijo: *“Señor, hice lo que me ordenaste, que fuera a decir a mi Ama, la Señora del Cielo, Santa María, preciosa Madre de Dios, que pedías una señal para poder creerme que le has de hacer **el templo** donde Ella te pide que lo erijas; y además le dije que yo te había dado mi palabra de traerte alguna señal y prueba, que me encargaste, **de su Voluntad**. Condescendió a tu recado y acogió benignamente lo que pides, alguna señal y prueba para que **se cumpla su Voluntad**. Hoy muy temprano me mandó que otra vez viniera a verte; le pedí la señal para que me creyeras, según me había dicho que me la daría; y al punto lo cumplió: me despachó a la cumbre del cerrillo, donde antes yo la viera, a que fuese a cortar varias rosas de Castilla. Después que fui a cortarlas, las traje abajo; las cogió con su mano y de nuevo las echó en mi regazo para que te las trajera y a tí en persona te las diera. Aunque yo sabía bien que la cumbre del cerrillo no es lugar en que se den flores, porque sólo hay muchos riscos, abrojos, espinos, nopales y mezquites, no por eso dudé; cuando fui llegando a la cumbre del cerrillo miré que estaba en el paraíso, donde había juntas todas las varias y exquisitas rosas de Castilla, brillantes de rocío, que luego fui a cortar. Ella me dijo por qué te las había de entregar, y así lo hago, para que en ellas veas la señal que pides y **cumplas su Voluntad**, y también para que aparezca la verdad de mi palabra y de mi mensaje. ¡Helas aquí, recíbelas!”*

Desenvolvió luego su blanca manta, pues tenía en su regazo las flores, y así que se esparcieron por el suelo todas las diferentes rosas de Castilla, se dibujó en ella y apareció de repente **la preciosa imagen de la siempre Virgen Santa María,**

Madre de Dios, de la manera que está y se guarda hoy en su templo del *Tepeyácac*, que se nombra **GUADALUPE**.

Luego que la vio el señor obispo, él y todos los que allí estaban se arrodillaron, mucho la admiraron, se levantaron, se entristecieron y acongojaron, mostrando que la contemplaron con el corazón y el pensamiento. El señor obispo, con lágrimas de tristeza, oró y pidió perdón de no haber puesto en obra **su Voluntad** y su mandato. Cuando se puso en pie, desató del cuello de Juan Diego, del que estaba atada, la manta en que se dibujó y apareció la Señora del Cielo. Luego la llevó y fue a ponerla en su oratorio. Un día más permaneció Juan Diego en la casa del obispo, que aún le detuvo. Al día siguiente le dijo: “*¡Ea!, a mostrar dónde es voluntad de la Señora del Cielo que Le erija un Templo*”. Inmediatamente se convidó a todos para hacerlo.

La quinta aparición

(el mismo 12 de Diciembre, a la misma hora de la cuarta aparición, o sea, al alba, en casa de *Juan Bernardino*, el tío de *Juan Diego*, en *Tulpetlac*)

No bien Juan Diego señaló dónde había mandado la Señora del Cielo que se le levantara su Templo, pidió licencia para irse. Quería ahora ir a su casa a ver a su tío Juan Bernardino, el cual estaba muy grave cuando le dejó y vino a *Tlatilolco* a llamar un sacerdote, que fuera a confesarle y disponerle, y le dijo la Señora del Cielo que ya había sanado. Pero no le dejaron ir solo, sino que lo acompañaron a su casa.

Al llegar vieron a su tío que estaba muy contento y que nada le dolía. Se asombró mucho de que llegara acompañado y muy honrado su sobrino, a quien preguntó la causa de que así lo hicieran y que le honran mucho. Le respondió su sobrino que, cuando partió a llamar al sacerdote que le confesara y dispusiera, se le apareció en el *Tepeyácac* la Señora del Cielo, la que diciéndole que no se afligiera, que ya su tío estaba bueno, con que mucho se consoló, lo despachó a Méjico a ver al señor obispo, para que Le edificaran una casa en el *Tepeyácac*.

Manifestó su tío ser cierto que entonces le sanó y que la vio del mismo modo en que se apareció a su sobrino; sabiendo por Ella que le había enviado a Méjico a ver al obispo. También entonces le dijo la Señora que, cuando él fuera a ver al obispo, le revelara lo que vio y de qué manera milagrosa le había Ella sanado; y que bien la nombraría, así como bien había de nombrarse su bendita imagen, la siempre Virgen **SANTA MARÍA DE GUADALUPE**.



Trajeron luego a Juan Bernardino a presencia del señor obispo, a que viniera a informarle y atestiguara delante de él. A entrambos, a él y a su sobrino, los hospedó el obispo en su casa algunos días, hasta que se erigió el Templo de la Reina del *Tepeyácac*, donde La vió Juan Diego.

El señor obispo trasladó a la iglesia mayor la santa imagen de la amada Señora del Cielo. La sacó del oratorio de su palacio, donde estaba, para que toda la gente

viera y admirara su bendita imagen. La ciudad entera se conmovió: venía a ver y admirar su devota imagen y hacerle oración. Mucho le maravillaba que se hubiera aparecido por milagro divino, porque ninguna persona de este mundo pintó su preciosa imagen.»

LA CLAVE DEL NOMBRE

Termina así la maravillosa y deliciosa historia de las apariciones de la Virgen de Guadalupe en el cerro del Tepeyác o *Tepeyácac* (como dice el texto) en Méjico. Y no por tan maravillosa y deliciosa es menos verídica y real.

Pues bien, siendo el objeto de las apariciones a Juan Diego la edificación de *un Templo o casa* en honor de nuestra *Madre misericordiosa* al pie del Tepeyac, una vez que las dudas del obispo –el gran obispo– Fray Juan de Zumárraga quedaron disipadas ante el milagro de las rosas de Castilla y de la prodigiosa aparición de la imagen de María en la *tilma* del indio, la finalidad de las apariciones en el Tepeyac estaba lograda. Por lo tanto, la aparición a Juan Bernardino en Tulpetlac no habría sido necesaria, siendo algo secundario. Sin embargo, esta aparición es esencial porque nos da la clave del nombre de **GUADALUPE** aplicado a la Virgen mejicana. En ésto no cuenta para nada la devoción de los *conquistadores (hispanizadores)* extremeños en su mayor parte.

Las palabras de Juan Bernardino no dan lugar a duda: *“La Señora le dijo que bien La nombraría, así como bien había de nombrarse su bendita imagen: LA SIEMPRE VIRGEN SANTA MARÍA DE GUADALUPE”*.

Hace falta notar que en el texto de la narración, en lengua *náhuatl*, las palabras *Santa María de Guadalupe* estan escritas así, en español. Si la historia de las apariciones hubiera sido escrita por los españoles **en español**, fácilmente habría podido emplear esta palabra o cualquier otro título topónimo de la Stma. Virgen. Y si ellos, oyendo la narración en la lengua original, hubieran “españolizado” alguna palabra indígena (se supone por hipótesis la palabra “*te coatlaxopeuh*”), ¿qué motivo habrían habido para españolizar solamente esa palabra?

Recordemos que la palabra *Guadalupe* no es ni indígena ni española; deriva del árabe “*guad*” (río) y de la contracción del latín “*lucis speculum*” (espejo de luz). La ingeniosa hipótesis no tiene en cuenta que fue el indio Antonio Valeriano quien escribió la historia en *náhuatl*.

Si la Virgen hubiera dicho en la lengua de Juan Bernardino la palabra “*tecoatlaxopeuh*” (que literalmente significa “piedra-serpiente-aplastar” = “que aplasta a la serpiente de piedra”), ¿por qué motivo el autor –que no era español– habría escrito algo parecido, por ejemplo “Guadalupe”? Habría escrito simplemente “Santa María TECOATLAXOPEUH”, pero no lo hizo.

Hay un problema de fondo, que me limito a indicar: “*el indigenismo*” de algunos eruditos mejicanos, que en función “*antiespañola*”, les ha impedido

ser más objetivos... No, la Stma. Virgen no es india ni española, *no es “mestiza”*: Ella es del Cielo, y aquí, en la tierra, es lo que Dios ha querido que fuera: una jóven *hebrea de Nazareth* y como tal se ha mostrado. Siento mucho –sólo por el deseo de ver triunfar la verdad– que eminentes prelados latinoamericanos y prestigiosos autores den de una forma acrítica, como un dato seguro, esta interpretación cuando hablan, como dicen, de la “*Morenita*”. Lo hacen con gran afecto. Será tal vez más pastoral, pero es menos objetivo. Entre otras cosas, se debería notar que Fray Juan de Zumárraga (el Obispo) no era extremeño, sino vasco, de Zumárraga precisamente, y que la patrona de Hernán Cortés era “*la Virgen de los Remedios*”. El santuario de Guadalupe en Extremadura no tiene que ver nada con ellos. Recordemos además que en aquel entonces todavía no existía ninguna “raza mestiza” de la que la Stma. Virgen quisiera ser un signo.

Sabemos además del intento de “indigenizar” su bendita imagen, retocando la original para darle el aspecto deseado, como ya ha sido denunciado en varias ocasiones. El retrato de la Señora del Cielo fue alterado varias veces por incomprensible osadía humana; la última deformación se le imputa precisamente a la familia Munguía, que conservó la milagrosa reliquia durante la revolución de 1929. Por desgracia, tan sólo algunos trazos del manto, los ojos (en la pequeña presentación del globo ocular) y la posición de las estrellas, evidentemente manipuladas, parece ser casi todo lo que ha sido respetado después de la milagrosa impresión original.

Frente a autores prestigiosos, que sostienen la idea indigenista, como el P. Xavier Escalada, S.J. (“*Santa María Tequatlasupe*”), por mi parte considero que tienen razón los de criterio opuesto, como el P. Enrique Amezcua, también mejicano, fundador de los “Operarios del Reino de Cristo y de Santa María de Guadalupe”, precisamente en Tulpetlac. En la revista “*Río de Luz*”, del 12 de Diciembre de 1972, escribe:

“Rechazamos la ocurrencia muy ingeniosa, mas privada de fundamento documental, de algunos eruditos, que desde el siglo XVII pretenden que el verdadero nombre dado por la Virgen a su imagen del Tepeyac, deformado por los españoles, fue «Tequatlanópeuh» (la que tuvo origen de las cumbres de las rocas); o bien «Tequatlaxópeuh» (la que puso en fuga a los que nos devoraban); o bien, como otros aún pretenden, «Coatlalópeuh» (la que aplastó a la serpiente).

La rechazamos, porque los documentos de los indios, entre ellos la famosa «Relación» de Valeriano, escriben siempre «Guadalupe». Son excepción los «Anales» de Juan Bautista, que escriben «Quatlalupe», y los «Anales» de Tlaxcala, que escriben «Huatopeuh». Y porque si la Virgen se hubiera dado otro nombre diferente de «Guadalupe», no se habría cumplido su voluntad respecto al nombre con que quiso ser llamada, pues desde 1531 se ha llamado y todos la llamamos «Guadalupe». Además existen motivos por los que nos parece que la

*Stma. Virgen quiso darse precisamente el nombre de **Guadalupe**: la Santísima Señora quería hacer de este nombre bendito una bandera de **unidad**, dirigiéndolo enteramente a la edificación del Reino de Cristo”.*

Hace falta una gran dosis de ignorancia, para decir que “no hay duda de que la Guadalupeana del Tepeyac deriva, más o menos directamente, del Guadalupe español, como son ciertos nombres llevados al Nuevo Mundo”.

Podemos confrontar suficientemente los orígenes de **un solo título mariano dado de forma independiente a dos imágenes diferentes de la misma Reina del Cielo**, semejante al fenómeno de la visión en profundidad, que resulta de la visión simultánea de los dos ojos. Rechazamos por tanto el patriotismo miope, tanto de españoles (en el pasado, los religiosos Jerónimos, del monasterio de Guadalupe) como de mejicanos (los indigenistas).

Guadalupe: Río de Luz,

según la interpretación data en 1961 en la ciudad de Damasco, por boca de Su Beatitud Máximo IV, patriarca de Antioquía, quien manifestó su esperanza de que Ella sea “la Virgen de la unidad cristiana”, habiendo sido proclamada Patrona del Oriente cristiano por Su Beatitud Cirilo IX, su predecesor en el patriarcado de Antioquía. LA VIRGEN DE GUADALUPE ES UNIVERSAL Y MADRE DE UNIDAD.

CONSIDERACIONES SOBRE LA VIRGEN DE GUADALUPE DEL TEPEYAC

1) Once siglos después de la proclamación del primer dogma mariano, “**María, Madre de Dios**” (“*Teotócos*”), en el Concilio de Efeso, en el año 431, Ella misma vino a recordar y a reivindicar que es “**nuestra piadosa Madre**”, en sus apariciones de 1531 en el Tepeyac.

Estaba escrito en el evangelio de San Juan que Jesús, desde lo alto de la Cruz, en la persona del Apóstol nos La entregó como Madre. Sin embargo durante muchos siglos –hasta nuestro tiempo– la actitud espiritual hacia Ella ha sido verla *excesivamente* lejos y separada de nosotros, viéndola más como una gran Señora excelsa e inalcanzable o como una gran bienhechora, que como nuestra Madre que es. Más se ha insistido en ser nosotros miserables y desterrados hijos de Eva, que dichosísimos hijos de María... Es cierto que la Stma. Virgen es ante todo **la gran Madre de Dios, la Reina de cielos y tierra, la Toda Santa**, ¿pero qué habrá sentido *esta Mamá, la verdadera Mamá*, cada vez que tantos de sus hijos Le han presentado “desde lo más hondo” esta súplica: “acéptame como el último de tus esclavos”?

No todo en la Iglesia ha sido esa mentalidad extrema, pero ha sido normal. Evidentemente, es la misma actitud del “*hijo pródigo*” de la parábola, con las mismas palabras que él había preparado para decirlas al Padre, y que el

Padre no le dejó terminar: ¡era demasiado duro para su amor! Es cierto que la vía regia de la santidad pasa, en primer lugar, a través de la entrega de sí a María y la consagración a Ella como “*esclavos*”, pero entendida en el sentido de no reservarse nada para sí, *no en el sentido de no tener con Ella la confianza, la intimidad y la recíproca y total pertenencia propia de un hijo.*

En este sentido el Hijo de Dios se ha consagrado a María en el momento de la Encarnación; Jesús es el primero que ha dicho: “***Totus tuus, ¡soy todo tuyo, oh María!***” **Se trata de una actitud nueva, de un espíritu nuevo: ya no es siervo, sino hijo.** Esta actitud hacia la Stma. Virgen corresponde a una actitud semejante hacia la Persona del Padre Celestial.

Por tanto hay una pedagogía divina hacia el hombre, hacia el cristiano, para que pase de ser *siervo* a ser *hijo*, de una relación de simple resignación y sumisión al de confianza, de abandono consciente de ser amado, de amor filial. Hay un progresivo acercamiento **al Corazón de Dios**. En la pedagogía de sus palabras a Juan Diego la Mamá nos habla al corazón con el lenguaje del corazón, preparándonos así a la maravillosa revelación del *Sagrado Corazón de Jesús*, a la que seguirá la revelación del *Corazón Inmaculado de María*, para que por medio de Ambos estemos preparados a entrar en *el Corazón mismo del Padre*. **En ésto consiste el Reino de Dios, que viene.**

2) La Stma. Virgen de Guadalupe es la dulcísima Mensajera de la nueva espiritualidad de la Misericordia y del Amor. Ella es quien toma la iniciativa, con un inconfundible lenguaje amoroso, para provocar el primer *diálogo* histórico (como resulta de los documentos) de la Madre con sus hijos, representados por San Juan Diego. Ella es quien estampa su imagen (símbolo de Amor) en la pobre “*tilma*” o abrigo de un humilde indio, evidente símbolo de nuestra miseria, “*tilma*” que, por encanto del prodigio, se vuelve imperecedera. **Estos son por tanto los signos del Amor:** el diálogo entre la Madre y el hijo y el intercambio de retratos: la Madre se queda estampada en la pobre “*tilma*” o manto del hijo, y él se queda estampado en el reflejo de las pupilas de la Virgen (como fue descubierto en 1954).

3) En su imagen María se muestra ***encinta***. Como en el Misterio de la Visitación. El Misterio prosigue. Es “la Mujer vestida de Sol”, del Apocalipsis, 12, que aparece encinta. ¿Pero encinta de quién, en pleno siglo XVI? ***¡Encinta del Sagrado Corazón, encinta del Amor de los amores, encinta de Cristo Rey!*** Sí, la Virgen de Guadalupe coronó entonces 1500 años en que coagularon los misterios de la *Fe* y de la *Esperanza*, para anunciar definitivamente la llegada de *los tiempos del Amor*. Tantas veces se ha dicho que nunca el Señor ha querido hacer nada sin el previo concurso y la íntima colaboración de su Madre, y nunca nos hemos preocupado en indagar el antecedente materno introductorio de la espiritualidad amorosa y compasiva del *Sagrado Corazón de Jesús* y de su manifestación. Podemos darle vueltas

como queramos a toda la Mariología y a toda la Historia de la Iglesia: no se encuentra en concordancia ningún otro nombre, excepto éste maravilloso: **Santa María di Guadalupe.**

4) Me atrevería a decir que, entre todas las apariciones marianas, Guadalupe es **“la” Aparición**, no sólo porque contiene todo lo que luego la Stma. Virgen habría desarrollado, sino porque en sus otras apariciones Ella ha sido contemplada sólo por pocos, por los videntes, mientras que aquí Ella se muestra a *todos*, dando a todos su prodigiosa imagen, visión que se perpetua en el tiempo.

5) **Habla de su Voluntad.** La voluntad de la Stma. Virgen *es la misma Voluntad del Padre*, de quien Ella es la copia, la hija fiel, la perfecta imitadora. Por eso yo la escribo con mayúscula, en señal de adoración. La Madre dice: *“Muchos son mis servidores, a quienes podría encomendar esta misión, pero es necesario que seas precisamente tú, hijo mío el más pequeño, el que colabores y que por mediación tuya se cumpla mi Voluntad”*.

Si se tratase únicamente de algo que Ella quiere, o sea, *objeto* de su Voluntad, habría podido pedirlo a uno de sus muchos servidores (hombres o ángeles); pero si eso no fue posible, sino que era necesario que fuese precisamente Juan Diego *en cuanto hijo*, es porque se trata de su Voluntad, entendiéndola como *sujeto*, o sea, de su Voluntad en cuanto tal. Por tanto, es algo que no puede *compartir* con quien está sólo a su servicio, pero que bien puede *compartir* con quien es para Ella un hijo amadísimo.

El interés o *mediación* de este hijo es algo necesario para que se realice y se cumpla su Voluntad. El Proyecto de Dios pasa siempre a través de la respuesta del hombre, la cual, para ser una respuesta libre y de amor, ha de ser la respuesta de un hijo.

6) **Su Voluntad es que se le erija un Templo**, en el que quiere mostrarnos y darnos todo su Amor, su compasión, su ayuda y defensa, porque *Ella es nuestra piadosa Madre*. Naturalmente, Le fue erigida enseguida una pequeña capilla, muy humilde, a la cual siguió más tarde un verdadero templo en que su imagen ha estado hasta la edificación de la reciente basílica moderna.

Pero es interesante notar que ya en 1205 el Crucifijo de la iglesia de San Damiano en Asís le habló a San Francisco, diciéndole: *“Francisco, ve y reedifica mi Iglesia, que, como ves, está en ruinas”*. En su sencillez, Francisco –cuyo nombre de Bautismo era Juan– se puso a reconstruir como albañil aquella iglesia; pero fue con su vida y su obra con lo que reparó de verdad la Iglesia.

Siglos más tarde, la Virgen de Guadalupe pide que Le sea edificado un Templo, y lo mismo repite en Lourdes: *“Ve a los sacerdotes y díles que aquí quiero que se edifique una Capilla”* (es decir, una iglesia, un templo).

¿Pero por qué digo que es interesante?

Porque el número de años que separa la vocación de FRANCISCO de la aparición de la Stma. Virgen de GUADALUPE es igual que el que separa esta aparición de la de LOURDES:

(la vocación de San Francisco) 1205 + 326 = 12.12.1531 (Guadalupe)

12.12.1531 + 326 años y dos meses = 11.02.1858 (Lourdes)

Es un signo. Como lo es que el nombre de Bautismo de Francisco era *Juan*, como *Juan Diego*, como *Juan Bernardino*, como el obispo *Fray Juan de Zumárraga*, (religioso franciscano), como “el discípulo que Jesús amaba” y que recibió a María como Madre. Y como *Juan Pablo II*, el primer Papa que ha ido, en su primer viaje, al Santuario de Guadalupe.

El Templo querido por María, en realidad, es de Luz, de almas, un Templo vivo: una Iglesia nueva, en la que Ella ocupe su puesto en la plena realización de su Maternidad.

7) El Obispo pidió un signo. Y la Virgen, siempre respetuosa con la Jerarquía, se lo dió: ***“Le dirás que vea en esto mi Voluntad, que él debe cumplirla”.***

Pero el signo que le da la Stma. Virgen es **doble**: el primero es algo que el mensajero Juan Diego conoce (las magníficas rosas milagrosamente brotadas en la cumbre del cerro en el alba de un frío día de diciembre, llevadas por él en su regazo a la Señora para que Ella las bendijera, y después llevadas al Obispo). El otro signo, totalmente inesperado, es el de la imagen de María, “estampada” en la “*tilma*” o manto del indio, detrás de las rosas que llevaba; imagen que apareció en el momento en que cayeron las rosas y se esparcieron por el suelo...

Cada detalle está lleno de significado: ¿qué representan *las rosas* frescas y perfumadas, sino el conjunto de las virtudes que, siguiendo la indicación de María, han de brotar de nuestra pobre tierra, capaz de producir tan sólo abrojos y espinas? ¿Qué indica *el cerro* –los montes– sino la santidad del hombre cuando tiende hacia Dios, hacia el Cielo? ¿Y *el frío de un día invernal*, lejos de la estación idónea para las flores? ¿No hace pensar acaso en el frío espiritual de nuestro tiempo, un tiempo que María viene a renovar con su amor para “*una nueva primavera de la Iglesia*”, y que ya se anuncia como “*el alba*” del nuevo Día? El signo de *las rosas* –las virtudes del hombre– es algo que el hombre conoce; lo que no conoce aún es el signo de *la presencia viva de María* en el hombre. Tras las rosas aparece María.

Para sostener semejante mensaje (“un Templo”, “una casa sagrada” para María) non bastaban como signo las virtudes, la santidad, si bien prodigiosa, “*las rosas*” milagrosas del hombre. **Era necesario el signo de MARIA en persona**, “un signo grandioso”: la imagen de la Stma. Virgen es la de Apocalipsis 12: la Mujer vestida de Sol, coronada de estrellas, con la luna bajo los pies, encinta de Cristo Rey.

8) La túnica de María es la tierra florecida, la tierra purísima de su Cuerpo virginal; su manto es el cielo de su Alma, el cielo nocturno, con 46 estrellas. Detrás de Ella o, mejor dicho, en Ella está el Sol, que antes de surgir se hace preceder por 129 rayos.

Ha sido hecho un estudio de las estrellas del manto, que resultan ser las del cielo de invierno en diciembre, hacia las 6 de la mañana, estando las constelaciones “*vistas por detrás*” (o sea, al revés) y en proyección plana en lugar de esférica, motivo por el que a simple vista no se nota.

Desde el entonces Pontífice reinante, CLEMENTE VII (el Papa del “saqueo de Roma”), hasta JUAN PABLO II (el primero que ha ido personalmente a venerar a la Virgen de Guadalupe, en febrero de 1979, en su primer viaje apostólico) han habido **46 Pontífices**, tantos como son las estrellas del manto. En estas cosas, “toda coincidencia *no* es puramente casual”.

9) El examen con rayos infrarojos de la imagen de la Stma. Virgen ha permitido ver claramente la sencillez de la misma, como apareció milagrosamente en la *tilma* de Juan Diego: no estaban algunos elementos, añadidos más tarde por los hombres (*los rayos que la rodean, las estrellas del manto, la luna y el ángel a sus pies, los arabescos de la túnica, el lazo violeta-negro que indica que está encinta, y alguna otra cosa*).

Sin embargo, la narración de Antonio Valeriano, hecha menos de veinte años después, al describir la imagen, indica esos elementos, lo cual significa que fueron añadidos por mano humana poco tiempo después del milagro. Algunos se han deteriorado bastante con el tiempo, lo que demuestra que fueron añadidos por el hombre. Sólomente en el siglo XX (en el periodo en que la tuvo escondida una familia durante la persecución) el hombre se ha atrevido a retocarle las manos y la cara, para darle el aspecto de *mestiza*, de *indita*, como “*la morenita*”, precisamente. El Señor no ha permitido que le retocaran los ojos.

Con todo, se puede decir que la bendita imagen sea, por un misterioso designio de la Providencia, obra de Dios y también del hombre. En efecto, ¿quién habría podido imaginar, por ejemplo, en el momento de añadir las estrellas (como simples puntos luminosos, retocados luego de forma muy tosca como las estrellas de un coronel), que reproducían de forma sorprendente e inesperada el mapa del cielo invernal a esa hora? ¿Y que su número coincide con el de los Pontífices, desde el que reinaba entonces hasta Juan Pablo II, *la última estrella de la noche*? La mano de Dios ha guiado la del hombre, cuando el hombre se ha movido con inocencia y por amor.

Pero debemos decir, por último, que la obra de Dios pide siempre la colaboración del hombre. No habría bastado el Evangelio sin los evangelizadores, ni el Credo sin los creyentes, ni para la conversión en masa de

los indios habría sido suficiente la maravillosa imagen de la Virgen de Guadalupe, sin el testimonio vivo de Juan Diego, sin su relato, incesantemente repetido. Si su imagen en la *tilma* es el signo bellísimo de María, otro tanto lo es su reflejo vivo, que perdura en su testigo, *en su hijito “el más pequeño”*, San Juan Diego.

En resumen, en el manto de la Virgen de Guadalupe la ciencia ha descubierto:

- 1.** Que en los ojos de la Virgen, al acercarlos una luz las pupilas se contraen y, retirandola, de nuevo se dilatan, exactamente como pasa con los ojos vivos.
- 2.** La temperatura de la fibra de maguey, con que está tejida la tilma, mantiene una temperatura constante de 36.6 grados, la misma del cuerpo de una persona viva.
- 3.** Uno de los médicos que examinó la tilma puso su estetoscopio bajo la cinta que lleva María (como señal de estar encinta) y escuchó los latidos que rítmicamente se repiten, 115 por minuto, los de un niño en el seno materno.
- 4.** No ha sido hallado ningún resto de pintura en la tela. En efecto, a 10 centímetros de distancia de la imagen, sólo se ve el tejido de maguey crudo: los colores desaparecen. Estudios científicos no han logrado descubrir el origen de la coloración que forma la imagen, ni cómo ha podido ser pintada. No hay huellas de pinceladas ni de cualquier otra técnica de pintura conocida. Los científicos de la NASA han dicho que el material que da origen a los colores no es ninguno de los elementos que se conoen en la tierra.
- 5.** Al hacer pasar lateralmente un rayo láser por la tela, se constata que la coloración de la misma no está en ninguno de los dos lados, ni en el derecho ni en el revés, sino que los colores “flotan” a la distanciza de tres décimas de milímetro sobre el tejido, sin tocarlo. Los colores “flotan” en el aire, sobre la superficie de la tilma. Es algo extraordinario.
- 6.** La fibra de maguey con que está hecha la tela de la imagen, no puede durar más de 20 o 30 años. Hace unos sigos se hizo una copia de la imagen en tela de fibra de maguey igual, pero se desintegró alcabo de unos decenios, mientras que a casi 500 años del milagro, la imagen de la Virgen sigue intacta como el primer día. La ciencia no ha podido explicar por qué esa tela no se corrompe.
- 7.** En 1791 se derramó accidentalmente ácido muriático en la parte superior derecha de la tela. Al cabo de 30 días, sin ningún tratamiento, se reparó milagrosamente el tejido dañado.
- 8.** Las estrellas que se ven en el manto de María corresponden a la exacta configuración y posición que presentaban en el cielo de México el día y hora en que ocurrió el milagro:

En el lado derecho del manto se ven las constelaciones boreales:

- Sobre el hombro, una parte de las estrellas de la constelación del **Boyero** (*Bootes*), bajo la cual, a la izquierda, sigue la de la **Osa Mayor** (*Ursa Maior*) con su forma de cucharón. Está rodeada, a la derecha en lo alto, por la **Cabellera de Berenice** (*Coma Berenices*), por debajo están los **Lebreles** (*Canes Venatici*) y a la izquierda **Thuban**, la estrella más brillante de la constelación del **Dragón** (*Draco*).
- Debajo de las dos estrellas que forman parte de la Ora Mayor, se ven otras dos estrellas de la constelación del **Cochero** (*Auriga*) y al oeste, en lo bajo, tres estrellas del **Toro** (*Taurus*).
- De esa forma, teniendo en cuenta que las estrellas se presentan como proyectadas através de una esfera sobre una superficie plana, se identifican perfectamente y en su lugar las 46 estrellas más brillantes a las 6 de la mañana del 12 de Diciembre sobre el Valle de México.

En el lado izquierdo del manto de la Virgen (a nuestra derecha, porque la vemos de frente) se hallan las constelaciones australes:

- Cuatro estrellas de la constelación del **Ofiuco** (*Ophiucus*).
- Debajo de ella se ve la **Balanza** (*Libra*) y a la derecha, la que parece la punta de una flecha corresponde a las primeras estrellas del **Escorpión** (*Scorpius*).
- Siguiendo hacia abajo, se ven dos de la constelación del **Lobo** (*Lupus*) y la extremidad de la **Hidra** (*Hydra*).
- Más abajo se nota la **Cruz del Sur** (*Cruce*) sin la menor duda, mientras que a su izquierda aparece el cuadrado apenas inclinado de la constelación del **Centauro** (*Centaurus*).



En el lado derecho



En el izquierdo

9. A primeros del siglo XX, un hombre escondió una potente bomba en un ramo de flores, que puso a los pies de la tilma. La explosión destruyó todo lo que había alrededor (y se ve el grande crucifijo de hierro deformado por completo), menos la tilma, que siguió en perfecto estado de conservación.
10. La ciencia ha descubierto que los ojos de María presentan los tres efectos de refracción de la imagen del ojo humano.
11. En los ojos de Maria (de tan sólo 7 y 8 mm) se descubrieron pequeñísimas imágenes humanas, que ningún artista habría podido pintar. Son dos escenas, que se repiten en los dos ojos. La imagen del obispo Fray Juan de Zumárraga en los ojos della Stma. Virgen fue agrandada mediante tecnología digital, revelando que en los ojos está reflejado el indio San Juan Diego, en el momento en que abría su tilma delante del obispo. ¿Cuánto es grande esta imagen? La cuarta parte de un millonésimo de milímetro.

Es evidente que todos estos hechos inexplicables han sido dados por un motivo: para llamarnos la atención. La han llamado?

P. Pablo Martín

